VERIDIA

Luis Eduardo Mardones Mellado

Primera edición, septiembre de 2026
© Luis Eduardo Mardones Mellado, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 9791388206894
THEMA: FYB — FH — DPA — YBWN — DPF
DEPÓSITO LEGAL: M-17401-2026

VERIDIA

Luis Eduardo Mardones Mellado

avant
editorial

A mi madre, Viviana, mi mejor amiga y el corazón más generoso que he conocido.

A la memoria de mi padre, Eduardo, mi guía y consejero,
cuya sabiduría sigue acompañándome en cada paso.

A mis hermanos, Óscar, Marcelo y Martín,
por su amor incondicional y presencia constante.

A mis amigos, Andrés Nicolás, Fernando Cid, Cristian Echegaray y Geo Aguilar,
por su apoyo, ayuda y amistad en los momentos más difíciles.

A la vida y sus adversidades,
por recordarme que la fuerza nace en los tiempos más oscuros.

Y a cada lector, por tomarse el tiempo de recorrer este viaje,
por las calles, las sombras y los silencios de ***Veridia.***

PRÓLOGO

Hay ciudades que nacen de la esperanza y otras que se alimentan de los secretos.

Veridia pertenece a la segunda estirpe. No fue fundada, sino vomitada por la historia: un engendro de ambición y olvido, erigido sobre un pacto no escrito entre el poder y la penumbra.

Su nombre, una cruel ironía que evoca un verdor extinto, es hoy el eco de una promesa rota.

Quien llega a sus costas —bañadas por un mar que ruge como una bestia enjaulada— aprende pronto que el verdadero enemigo no es el crimen que acecha en sus callejones, sino la ciudad misma.

Veridia es un organismo vivo, un monstruo de acero y cristal que respira niebla y exhala desesperanza.

Sus calles son venas por las que corre un torrente de corrupción; sus rascacielos, huesos que se alzan desafiantes hacia un cielo perpetuamente gris.

Y la lluvia, esa lluvia incesante, no es más que el llanto de un dios indiferente que hace mucho tiempo abandonó toda fe en su creación.

Se dice que toda ciudad tiene un pecado original.

El de Veridia fue creer que podía construirse un futuro sobre cimientos podridos; que el dinero podía lavar la sangre y que la justicia era solo otra mercancía en sus muelles.

Aquí, la moral es un lujo que pocos pueden permitirse, y la verdad, un reflejo distorsionado en el asfalto mojado.

Los hombres y mujeres que la habitan no son víctimas ni verdugos: son engranajes de una maquinaria implacable que devora almas y comercia con destinos.

Pero incluso los monstruos tienen un corazón. Y el de Veridia está a punto de dejar de latir.

Un detective que carga con más fantasmas que medallas.

Una mujer cuyo poder reside en el silencio.

Y una muerte que se niega a ser solo una más en la estadística.

Ellos serán el catalizador de una tormenta que amenaza con arrancar las máscaras y desenterrar los cadáveres sobre los que se edificó la paz de los poderosos.

Este libro no es la crónica de una investigación, sino la autopsia del alma de una ciudad enferma —y de aquellos que se atreven a buscar la luz en medio de su oscuridad más profunda—. Porque Veridia no solo es el escenario del crimen.

Es el arma.

Es el motivo.

Es el verdugo.

Y en sus calles, una nueva historia de sangre y redención está a punto de escribirse. O, tal vez, de repetirse.

VERIDIA

El corazón sombrío del pecado.

La primera mentira de Veridia es su nombre.

En los confines de un continente perpetuamente envuelto en melancolía, donde el sol —pálido y esquivo— apenas se atreve a aparecer, se alza esta ciudad. Su nombre, que alguna vez evocó verdor y esperanza, hoy es una ironía cruel. Los habitantes, con un escalofrío que les recorre la espalda y un susurro cargado de resignación, la llaman simplemente el «Puerto del Pecado».

Bañada por un mar gélido que ruge sin descanso contra sus costas de basalto y envuelta en una lluvia fina que parece eterna, Veridia no es solo una ciudad: es un depredador. Un monstruo de acero, cristal y desesperanza que respira en la oscuridad. Sus venas son los rascacielos que desafían al cielo mientras sus raíces se hunden en los barrios bajos, donde la pobreza y la corrupción dictan la única ley existente.

Aquí, la promesa de un futuro brillante convive con la sombra de un pasado que se niega a morir. La moral es tan líquida como el asfalto mojado, y la justicia apenas un reflejo que se disuelve con la primera gota de lluvia.

El clima como verdugo

En Veridia, el clima no es un telón de fondo: es un cómplice. El frío se cuela hasta los huesos; la humedad se adhiere a la piel, a la ropa y al alma. La lluvia cae sin tregua, una cortina de agujas heladas que golpea tejados y conciencias. Dicen que intenta limpiar las calles, pero solo deja un brillo falso... como si la ciudad fingiera haber sido purificada.

Las sombras nunca se van del todo: solo cambian de lugar. Es en esa penumbra perpetua donde germinan los vicios.

El Río Estigia

Atraviesa la ciudad como una herida abierta. El Río Estigia, oscuro y turbulento, divide Veridia en dos mundos que rara vez se tocan. Sus aguas plomizas arrastran no solo desechos industriales, sino sueños rotos y secretos que se pudren bajo la superficie.

Sobre él se extiende la avenida de Los Álamos, una arteria de asfalto que cruza la urbe de este a oeste. En su corazón, el puente de las Mil Luces: miles de bombillas parpadean noche tras noche, desafiando a la oscuridad. Pero su resplandor no disipa las sombras: solo las acentúa.

Los cuatro sectores de Veridia

La ciudad late en cuatro pulsos desiguales, cuatro mundos que coexisten sin mezclarse:

Puerto Dorado: el escaparate del poder. Contrabando disfrazado de comercio, riqueza construida sobre cimientos manchados.

Altos de la Concordia: el refugio de la élite. En sus mansiones se compra seguridad y silencio.

Distrito del Bajo Fondo: el verdadero corazón de Veridia. Por la noche, el metro se detiene y la ciudad muda de piel: la ley no protege, negocia.

Colinas de la Esperanza: sarcasmo puro. Las casas se aferran a las laderas como heridas abiertas. La gente sonríe solo para no dejar de existir.

El pulso de la ciudad

Calles resbaladizas, farolas moribundas, miedo y basura respirando en cada esquina. Y a veces algo peor: un hedor metálico que el inspector Ricardo Vargas conoce demasiado bien.

La prostitución florece sin pudor bajo luces rojas exhaustas; los gritos ahogados se mezclan con sirenas que nacen y mueren en la distancia. En Veridia, la línea entre víctima y verdugo es tan delgada como el reflejo del agua sobre el pavimento.

PARTE I

CAPÍTULO I - UNA LLAMADA MÁS

«En Veridia, no hay deuda que no se pague»

El cuerpo estaba junto al horno.

Las muñecas, esposadas a la espalda, tiraban de una brida metálica. La puerta estaba cerrada, como una boca que no alcanzó a gritar. El gas flotaba aún: dulce, letal, un perfume prohibido pegado al paladar. En la cocina de mármol blanco, la muerte era la única suciedad.

Ricardo Vargas se detuvo en el umbral. Sintió el zumbido tenue de las luces empotradas, el goteo del lavaplatos, el roce de la lluvia contra el ventanal como uñas cansadas. Lo supo antes incluso de acercarse: aquello no era rabia; era método.

El *penthouse* de Altos de la Concordia abría a una sala amplia de *parquet* encerado, sofás grises, una mesa de cristal con trozos de algodón dispersos como copos de nieve a destiempo. Las rendijas de la puerta y la ventana estaban selladas con cinta gris. Más algodón. Más silencio.

Vargas avanzó con calma. La muerte tiene una educación que el amor no aprende.

El fiscal San Martín aguardaba sin entrar a la escena. Hablaba como quien firma recibos: breve, cansado, con una preocupación vieja en los ojos.

—No hay forzamiento —murmuró—. Gas abierto. Lo encontró el hijo. Prensa abajo. Ya sabe.

Ricardo asintió. El velcro de sus pensamientos se pegó al olor: «*gas... colonia cara ya marchita... café viejo en la cafetera... y algo metálico que no era sangre: era decisión*».

Jonathan Mella yacía semisentado en la cocina, con su espalda apoyada en una letrina junto al horno, las piernas extendidas hacia un lado. Camisa blanca fina, mal abotonada; uñas cortas y cuidadas. No había heridas visibles. En los labios, un leve rosado impropio; el rigor apenas asomaba.

Ricardo inspiró poco, exhaló largo. En Veridia, morir era fácil; ponerse de acuerdo con la muerte, no tanto.

Algo brilló bajo el refrigerador. Vargas se inclinó: una llave pequeña, cromada, irrefutable. La sostuvo un instante, y el gas le pareció un perfume que la ciudad se pone para disimular su culpa.

En el pasillo, el detective Fernando Aguilar anotaba sin respirar.

—Fotográfico primero. Planimétrico después —ordenó Vargas.

Los peritos entraron con la discreción de un rezo. *Flashes* contenidos. Cinta métrica trazando plazos mortuorios. Nadie hablaba más de lo necesario.

La sala lucía como un catálogo de buen gusto: minimalismo, *whisky* caro, orden obsesivo que confunde limpieza con inocencia. Y en el suelo: más algodón. Más intento de silencio.

Francisco Mella, el hijo, esperaba junto al ventanal. Veintitantos años. Mandíbula tensa. Envejecido de golpe. Aguilar se acercó con calidez disciplinada.

—Francisco... Soy Fernando. Vamos lento. Si algo duele, paramos. ¿Sí?

El joven asintió, torpe.

—Yo... abrí la puerta con mi llave. El olor... —naufragó— me golpeó primero. Llamé a mi papá. No respondió. Fui a la cocina. Lo vi... así.

—¿Tocaste algo?

—Solo la perilla. Cerré el gas —tragó saliva—. Me senté. Llamé a emergencias. No sé cuánto pasó. Mis manos... todavía huelen a gas.

Fernando le ofreció una toalla húmeda. A veces la empatía es un instrumento, no un milagro.

—Tu padre vivía solo —continuó—. ¿Problemas? ¿Deudas? ¿Amenazas?

—El casino... —susurró Francisco—. Siempre era una pelea que no terminaba. Vendió cosas sin decirme. Muebles, cuadros... Recibía llamadas. Yo cambié mi número. Él no.

El silencio lo terminó de partir.

—Francisco —dijo Fernando—. ¿Y seguros de vida?

Un temblor volvió a tomarlo.

—Últimamente preguntó por coberturas —confesó—. Yo... no pensé que...

Fernando lo contuvo con la mirada.

—Descansa. Te llevará el paramédico. No estás mal por sentirte mal.

Francisco asintió, aferrado al poco aire que quedaba.

En la cocina, Ricardo estudiaba geometrías invisibles.

—Algodón en rendijas. Esposas. Anclaje al horno. Llave escondida. Sin lucha —enumeró—. Esto es una pregunta con respuesta dentro.

El fiscal dio un paso.

—¿Suicidio?

Ricardo le devolvió una mirada frágil y sólida a la vez.

—Suicidio con escenografía de homicidio —dictaminó—. Un último acto para que alguien cobre. Contención. Y culpa.

A las 05:37, retiraron el cadáver. La cocina volvió a ser cocina, pero quedó la huella: esa geometría del vacío que dibuja el cuerpo cuando ya no está.

Ricardo observó los restos de vida ajena: taza de café, una corbata en una silla, un cuchillo sin usar... algodón triste en una ciudad que no conoce el invierno. Pensó en Fernando. En su hija. En lo que él jamás volvió a tener.

En el pasillo, San Martín hablaba a la prensa con voz de comunicado. Fernando alcanzó a Vargas al salir.

—¿La minuta preliminar? —preguntó.

—Dos páginas —respondió Ricardo—. Hechos, no poesía.

—¿Y si me sale poesía?

Vargas lo miró con la sombra de una sonrisa.

—La corrijo yo.

Caminaron bajo la marquesina. La madrugada era un gris de hueso que no prometía nada. La ciudad alzó un párpado húmedo.

—Nos vemos el lunes —intentó Fernando.

—No asegures nada —replicó Ricardo—. En esta ciudad, el lunes siempre llega temprano.

La lluvia siguió cayendo, lavando los errores visibles. Las sombras se quedaron, pacientes, donde suelen estar: un paso adelante de cualquier verdad.

«En Veridia, la verdad siempre es un suicidio asistido».

CAPÍTULO II - EL FUEGO QUE DUERME

«El fuego nunca se apaga, solo espera oxígeno».

Eran casi las seis y media de la mañana cuando Ricardo Vargas cerró la puerta de su departamento. La lluvia había cesado, pero el aire conservaba ese frío húmedo que parecía colarse en los huesos. Se quitó el abrigo con un movimiento pesado, lo dejó caer sobre la silla y, sin encender las luces, caminó directo al dormitorio.

El silencio lo recibió como un viejo conocido. Un silencio espeso, lleno de cosas que no se escuchan, pero se sienten: relojes que miden la soledad, paredes que guardan secretos.

Se dejó caer sobre la cama. El colchón hundido lo abrazó como un pozo tibio. La noche había sido larga, y el caso de Jonathan Mella aún seguía vivo en su mente, como si no quisiera cerrarse del todo. Sacó un frasco del velador, volcó dos pastillas en la mano y se las llevó a la boca. El sabor amargo se disolvió con un sorbo de agua fría.

Cerró los ojos. Quiso dormir. Quiso no pensar. Pero el sueño, esa bestia indócil, no vino.

En cambio, vino el gas. O, mejor dicho, el recuerdo del gas.

La escena del *penthouse* se filtró entre sus pensamientos con la naturalidad de un reflejo: el horno abierto, las perillas encendidas, el olor denso, metálico, que aún creía sentir en las manos. Inhaló profundo y, por un instante, le pareció que el aire del cuarto se espesaba igual.

Abrió los ojos, buscando oxígeno. La habitación estaba en penumbra, pero el silencio se había vuelto extraño, casi líquido.

Se sentó al borde de la cama, apoyando los codos en las rodillas. El sudor le corría por la sien. Sabía que no era real, pero la mente tiene formas crueles de repetir lo que duele.

—Basta —susurró, apenas un hilo de voz—. Basta.

Se levantó. Caminó al baño sin encender las luces, guiado por la memoria de los pasos.

El espejo le devolvió un rostro que no parecía suyo: ojos hundidos, la barba de una noche sin descanso, una piel donde el cansancio había dejado su firma. Abrió la llave. El agua cayó con un ruido que rompió la quietud. Se mojó la cara, una, dos, tres veces.

El reflejo seguía allí, pero algo había cambiado.

En la profundidad del espejo, detrás de su propia mirada, creyó ver el destello de unos ojos más pequeños. No los suyos, no ahora. Ahora eran los de ese niño.

Retrocedió un paso. La respiración se le agitó sin motivo aparente. Cerró los ojos otra vez, pero el pulso del pasado ya había despertado.

Salió del baño. El aire del pasillo estaba frío y el suelo, bajo sus pies, crujía con un eco antiguo. A cada paso, la casa parecía transformarse: el orden meticuloso se disolvía y algo más viejo, más sucio, se filtraba por las paredes. Los cuadros parecían moverse apenas, como si las sombras recordaran otras posiciones.

Ricardo descendió la escalera lentamente, con la mano apoyada en la baranda. La sensación de estar solo se mezclaba con otra, más confusa, más honda: la de no saber cuántas veces ya había hecho ese mismo recorrido.

La madera se quejaba con cada paso y el silencio de la casa parecía respirar detrás de él.

Al llegar al primer piso, se detuvo. La cocina esperaba al fondo, sumida en la oscuridad.

Por un momento, dudó.

Sabía lo que venía después, aunque una parte de él fingiera que no.

Cruzó el pasillo. La penumbra lo envolvió y cada metro que avanzaba borraba un fragmento del presente.

Cuando llegó al umbral de la cocina, el aire cambió.

El olor estaba allí: gas, olor a quemado, viejo, imposible, pero real.

Ricardo parpadeó.

Frente a él ya no estaba su cocina moderna, sino otra.

Una más pequeña, con un suelo de linóleo agrietado, un refrigerador oxidado, una mesa coja y la pintura del techo resquebrajada por la humedad. El sonido era casi un latido: el clic repetido de una perilla, intentando encender.

El fuego aún dormía, pero el niño —ese niño que nunca se fue— ya estaba despierto.

Ricardo se llevó las manos a la cabeza. Las apretó con fuerza, como si pudiera aplastar los recuerdos, romperlos, hacerlos desaparecer.

El eco del cuchillo, los gritos, el fuego... todo giraba dentro de su mente como una espiral sin salida.

Golpeó su frente con las palmas abiertas, una, dos, tres veces.

—¡Basta! —rugió entre dientes, pero su voz no sonó como la suya.

El silencio que siguió fue absoluto. No supo cuánto tiempo pasó. Solo sintió cómo el mundo se fue disolviendo a su alrededor. Primero el ruido del viento. Luego el olor a gas. Después, nada.

Un vacío blanco, como si el sueño y la realidad hubieran hecho un pacto para desaparecer.

Cuando abrió los ojos, la luz de la mañana llenaba la sala.

«¿En qué momento había pasado el tiempo?», se preguntó. El reloj del muro marcaba las siete con treinta.

Le dolía el cuello, la espalda y la sensación de haber dormido en el filo de algo. Tardó unos segundos en entender qué estaba viendo.

La puerta principal estaba entreabierta. El aire frío entraba sin permiso, moviendo las cortinas.

En el sofá, junto a él, descansaban dos objetos que no habían estado allí antes: un cuchillo de mango negro y un encendedor plateado. Ambos perfectamente colocados, paralelos, como dejados con una precisión que resultaba enfermiza.

Ricardo los miró sin moverse. El corazón comenzó a latirle con una fuerza brutal, martillando en sus oídos. El cuchillo y el encendedor seguían sobre el sofá.

Se puso de pie de golpe, tambaleándose. El sofá crujió bajo su peso. Corrió hacia la habitación, abrió el cajón del velador y sacó su arma de servicio. El metal frío le devolvió un poco de control, una ilusión de poder sobre lo desconocido.

—¿Quién mierda...? —murmuró con la respiración entrecortada.

Revisó cada rincón de su hogar. El baño, vacío. El pasillo, silencioso. La cocina, intacta. Pero cada habitación parecía mirarlo de vuelta, como si alguien se hubiera ido hace segundos. La puerta seguía abierta. No había señales de forzamiento. Nadie. Solo la certeza de que alguien había estado allí.

Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. Entonces, la avalancha del pasado volvió. Pero ya no en tercera persona: ahora era él mismo, recordando lo que vino después. El corrido de las sirenas. Las luces azules y rojas filtrándose por las rendijas del hogar. Las voces, distantes, confusas. Un policía levantándolo del suelo, el cuerpo de su padre envuelto en una sábana blanca. Su madre, en la camilla, gritando su nombre antes de perder el conocimiento. El olor a quemado en el aire, la sangre seca en sus manos.

Luego, la soledad.

El hogar de menores. Las noches donde soñaba con fuego y despertaba con el grito aún en la garganta. Y, más tarde, el día que le dijeron que su madre no había sobrevivido.

Ricardo abrió los ojos.

El cuchillo y el encendedor seguían sobre el sofá. Eran reales. O al menos, eso parecía.

El detective respiró hondo, intentando calmar el temblor de los manos. Guardó el arma en la cintura, se acercó lentamente al sofá y miró los objetos una vez más.

No había duda: alguien sabía.

Y lo peor no era eso.

Su pasado había sido revelado.

Vargas se quedó de pie frente al sofá, inmóvil, mientras la luz del mediodía caía oblicua sobre el cuchillo y el encendedor.

El silencio volvió a ocuparlo todo.

Solo el tic-tac del reloj, implacable, marcaba el pulso de un secreto que acababa de despertar.

—¿Qué está pasando? —susurró.

El cuchillo, el encendedor, la puerta abierta. Nada de eso era casualidad. No había robos, no había señales de entrada forzada. Era un mensaje.

Regresó al sofá, dejó el arma sobre la mesa y sacó una libreta de cuero de su chaqueta. Abrió la primera página, tomó un lápiz y comenzó a escribir nombres: Reyes... Figueroa... Castillo... Montoya...

Cada nombre era un fantasma, un eco de alguien que en algún momento lo había maldecido, odiado o temido.

Pero, tras unos minutos, el grafito se volvió ilegible, la caligrafía nerviosa, como si la mano no quisiera seguir el mandato de la mente. De pronto, Ricardo arrojó el lápiz con furia, arrancó la hoja y la arrugó entre los dedos.

—¿De qué sirve anotar nombres? —gruñó con la voz desgarrada—. ¡Todo el mundo me quiere muerto!

La hoja cayó al suelo, rodando hasta perderse bajo el sofá. Se dejó caer otra vez, respirando hondo, intentando contener las lágrimas que no llegaban. Se quedó mirando sus manos.

Fue entonces cuando notó la cicatriz en su mano izquierda: una mancha irregular, vieja, deformada por el fuego. La acarició con el pulgar, y el recuerdo emergió sin permiso.

El eco del hogar de menores se alzó entre la bruma: los pasillos largos, el olor a cloro, los gritos de niños a lo lejos. Un lugar sin amor ni consuelo, donde el silencio era castigo y las noches duraban siglos.

Tenía apenas diez años cuando cruzó las rejas del Hogar San Bartolomé. A esa edad aún crees que el mundo puede arreglarse con un perdón, pero Ricardo ya había visto cómo el fuego podía borrar cualquier promesa.

Allí conoció a Martín Sandoval. Un chico callado, de sonrisa fácil, con una forma extraña de entender la tristeza. Martín no hablaba mucho, pero escuchaba. Escuchaba todo. A veces, parecía saber lo que Ricardo pensaba incluso antes de que él lo dijera.

Pasaban las horas en la biblioteca del hogar, entre libros polvorientos de detectives y novelas olvidadas. Ricardo devoraba las historias de crímenes, como si buscara respuestas que ningún adulto le daría. Martín lo acompañaba, observando en silencio, preguntando cosas que parecían simples, pero dolían. Pero Martín, en las novelas, se fijaba en la sangre y el método.

—¿Crees que los asesinos nacen o se hacen? —le había dicho una tarde.

Ricardo no supo qué responder.

Pero su amistad no se limitaba a los libros. En los recreos se alejaban del bullicio del patio y se internaban entre los pinos del terreno trasero, donde el aire olía a tierra húmeda y hojas podridas. Allí jugaban a cazar secretos.

Armados con palos y piedras, buscaban ardillas, aves o cualquier criatura que se atreviera a confiar. Martín decía que quería ver cómo era la vida por dentro.

Ricardo solo lo seguía, intentando entender por qué la muerte olía tan parecido al hogar.

Nadie los veía. Nadie los escuchaba. En ese rincón del mundo, la compasión era un lujo que ninguno podía permitirse.

Martín fue adoptado cuatro años después. Tenía catorce. Ricardo, la misma edad.

Cuando el auto que se lo llevó desapareció en la distancia, sintió que una parte de él se iba también. En su mente, creyó que tal vez así su vida comenzaba a arreglarse, que Martín merecía ser feliz. Pero los años demostraron lo contrario.

Ahora, sentado en el mismo sofá, Ricardo se preguntó por primera vez en décadas:

—¿Dónde estás, Martín?

Se quedó mirando el vacío un largo rato, con la libreta abierta sobre las piernas y las sombras danzando en las paredes. En su mente, el nombre de Martín comenzó a repetirse como un eco: «¿Qué sería de él? ¿Habría logrado escapar de todo aquello? ¿Tendría una familia, un hijo, una vida que valiera la pena? ¿O estaría tan roto como él, perdido entre recuerdos que ya no se atreven a doler?».

Encendió un cigarro con manos aún temblorosas. La primera calada le quemó la garganta, pero también lo trajo de regreso a la calma. Exhaló el humo lentamente, mirando cómo se perdía en el aire, como si con él se desvanecieran los nombres que había escrito minutos antes. Pensar en Martín lo serenaba, lo reconectaba con algo que creía extinguido. Sonrió, una mueca leve que se fue abriendo hasta convertirse en una carcajada ronca, inesperada, que retumbó en la habitación vacía.

—Es muy temprano, amigo mío —dijo en voz alta, mirando al techo—, pero un saludo a tu nombre... Espero que estés bien, donde sea que estés.

Creyó oír su voz: «Ya nos veremos».

Se levantó, caminó hasta la vitrina de madera oscura donde guardaba las botellas más preciadas. De entre ellas, tomó un *Macallan 25*, regalo de su último ascenso.

No solía beber, no sin motivo.

Pero ese día no era uno cualquiera.

Sirvió un poco en un vaso pesado de cristal; el ámbar se encendió con la luz del mediodía. Dio un pequeño sorbo, dejando que el calor se expandiera en su pecho, que la memoria lo adormeciera. Por un instante, la vida pareció sencilla: un cigarro, un buen *whisky* y la ilusión de que los muertos aún escuchan los brindis.

Se reclinó en el sofá, mirando el techo con los ojos entrecerrados, mientras el humo del tabaco y el vapor del alcohol se mezclaban en una danza lenta. El silencio volvió a reinar, pero ya no pesaba tanto.

Pasó todo el día ahí.

Hasta que el teléfono sonó.

Una, dos, tres veces.

El sonido rasgó la calma como un cuchillo.

Ricardo lo miró unos segundos, el cigarro entre los dedos, el vaso aún en la otra mano.

Finalmente lo tomó.

—¿Aló?

Silencio.

Solo un murmullo bajo, casi imperceptible.

Un suspiro.

—...Martín.

La llamada terminó. Miro la hora; el reloj marcaba las 11 de la noche. Revisó quien había llamado. No había registro.

«Curioso», pensó. Quizás había imaginado la llamada.

«En Veridia existe un dicho: Es mejor mantener encerrado a quien quiere salir».